

# Imperialismo, dependencia y globalización

Alfredo Langa Herrero \*

**Resumen:** Este artículo relaciona diversos conceptos nacidos desde el pensamiento heterodoxo, haciendo hincapié en las nociones de imperialismo, dependencia y crítica del proceso de globalización. Para ello, se definen dichos conceptos y se desarrollan de manera que se establezcan vínculos y puentes entre la visión marxista respecto al imperialismo de principios del siglo XX, las teorías de la dependencia de los estructuralistas de los años 60 y 70, así como los enfoques críticos con la globalización surgidos en los albores del siglo XXI.

**Palabras clave:** estructuralismo, imperialismo, dependencia, periferia, globalización

**Abstract:** This article takes into consideration several concepts of the heterodox economic thought, especially imperialism, dependency and the critic of the globalization process. These concepts are defined and developed in order to establish a relation between following aspects: the imperialism Marxist point of view, the theories of dependency of the 60's and the 70's, as well as the critical approaches about globalization in the XXI century.

**Keywords:** structuralism, imperialism, dependency, periphery, globalization

## 1. Introducción

Este artículo pone en relación diversas nociones surgidas del pensamiento económico, político y sociológico crítico, y los vincula de manera que su enfoque explique las relaciones económicas contemporáneas y las relaciones de dependencia entre los Estados, que está aún vigente. Dado que dichas relaciones asimétricas existen a pesar del proceso de globalización en que el planeta está inmerso, se hace necesario volver a retomar las hipótesis de los economistas denominados estructuralistas y enfocar con ellas la actualidad. Convencido de dicha vigencia, el artículo se inicia con una presentación de los conceptos en los que se fundamenta este trabajo y sobre todo con la noción de imperialismo. Ya que autores como David Harvey (2004) y Samir Amín (1994) aluden a su contemporaneidad.

Posteriormente, se introduce el concepto de dependencia y se desarrollan sus elementos más relevantes: el centro y la periferia. De esta manera, ambos conceptos y su evolución en el tiempo fundamentan el análisis de las causas del desarrollo y el subdesarrollo, según las tesis estructuralistas. Dichas consideraciones esclarecen las bases de la desarticulación de la economía de muchas de las periferias y el carácter heterogéneo de dichas periferias.

\* Investigador del Instituto de Estudios sobre Conflictos y Acción Comunitaria (IECAH) y Profesor Asociado de la Universidad Pablo de Olavide en Sevilla.  
E-mail: alfredo.langa@iecah.org

Por último, a través de la interpretación de Samir Amin (1988, 1994 y 1997), el artículo culmina con un análisis del proceso de globalización como una fase dentro de la evolución de la dependencia y sus dos principales elementos: el centro y la periferia. Por consiguiente, la situación de crisis económica y política que viven muchos Estados actualmente sería explicada a la luz de dicho paradigma.

## 2. El imperialismo, colonialismo y guerra

El concepto de imperialismo ha sido definido desde diversos puntos de vistas e ideologías y desde el siglo XIX han sido múltiples los conceptos contenidos en él. No obstante, las primeras acepciones se refirieron a la Francia de Napoleón III, en un primer lugar, para posteriormente describir el estilo de gobierno del Imperio Alemán surgido de la unificación. Sin embargo, el término que predominó hasta nuestros días es el que se refiere a la adquisición y control de países, regiones o territorios en desarrollo por parte de Estados desarrollados o industrializados. Esta noción de imperialismo fue completado por Lenin, para quien imperialismo sólo designaba la posesión o la adquisición de territorios de ultramar, ya fueran directa o indirectamente, sino que dicho proceso supone una etapa en el desarrollo del capitalismo: la etapa final, última y suprema del sistema capitalista (Economides y Wilson, 2002).

Karl Kautsky, por su parte, completó la noción de imperialismo de Lenin y afirmó que éste se manifiesta como el resultado del capitalismo más avanzado, y encontraría su génesis en la necesidad del sistema capitalista de conquistar una mayor superficie agraria. Las relaciones entre la industria y la agricultura se tornan esenciales para entender el imperialismo, ya que dicho proceso se traduce como un proceso de lucha por el territorio agrario. De ello derivaría la existencia del fenómeno de la guerra entre las potencias capitalistas, aunque también sería posible un

pacto entre ellas para evitarla, de donde cristalizaría un proceso denominado ultraimperialismo, mediante el cual el capital financiero, retrasaría la caída del sistema capitalista (Howard y King, 1992a).

En este sentido, Rosa Luxemburgo coincide con Kautsky y piensa que la acumulación de capital necesita de clientes o compradores fuera del sistema que puedan absorber los excesos de oferta del mismo. Por ende, el sistema capitalista requiere de economías precapitalistas, generalmente basadas en economías de subsistencia, a las que somete a un proceso de destrucción de su capacidad de producción tradicional, que las naciones capitalistas necesitan. Las organizaciones y naciones capitalistas necesitan de organizaciones y naciones no capitalistas para seguir creciendo, hasta el momento de la completa victoria del capitalismo, cuando no queden economías no capitalistas que explotar. Al respecto, Luxemburgo hace hincapié en la contradicción del sistema y su agresividad en la lucha por el “territorio económico” (Howard y King, 1992a).

De esta manera, la opción que ofrece el capitalismo para las economías en desarrollo y explotadas por las potencias capitalistas no es sino la barbarie y la guerra, por lo que no quedaría más alternativa que optar por desarrollar un sistema socialista que evitara dicha explotación. Rosa Luxemburgo definió el imperialismo, asimismo, como la última etapa del capitalismo, y la propia base de su contradicción, ya que su avance le llevaría a su consumación (Howard y King, 1992a).

Rosa Luxemburgo (2001) también introduce una noción de imperialismo donde éste se torna en la expresión política del proceso de acumulación del capital dentro de la lucha competitiva del sistema, lo cual afecta a las sociedades no capitalistas y afecta a las sociedades capitalistas y precapitalistas por cuanto a que el nivel de violencia y la impunidad aumentan en este contexto (Howard y King, 1992a). La expresión de la violencia y la impunidad se traduciría en el abandono del liberalismo

económico, así como en el auge del militarismo. Éste último, se empleará de dos maneras: para someter a las regiones no capitalistas o precapitalistas, así como para salvaguardar la competencia entre las potencias capitalistas respecto de las regiones no capitalistas, es decir, respecto de las potencias coloniales y los territorios colonizados o a colonizar (Howard y King, 1992a).

En este sentido, André Gunder Frank (1967 y 1975) establece una interesante vinculación entre imperialismo y colonialismo. El imperialismo no se referiría, por ende, al poder ejercido por una potencia o Estado en particular, sino al denominado sistema capitalista y más concretamente a los tipos de relaciones que se manifiestan entre una metrópoli y sus miembros con respecto a los espacios periféricos a dicha metrópoli. Por ello, el imperialismo ha trascendido a la etapa colonial y al igual que el mercantilismo generó la explotación colonial, el capitalismo financiero-industrial general imperialismo (Frank, 1967 y 1975).

Por otro lado, la noción de imperialismo de Lenin se manifiesta como sinónimo de capitalismo monopolista y lo define, desde un punto de vista económico, con varias características (Howard y King, 1992a):

- La concentración de la producción y del capital en pocas manos es tan importante que ello ha provocado la creación de monopolios que son fundamentales y decisivos en la economía.

- La unión de capital industrial y financiero y la aparición de cierta oligarquía financiera.
- La distinción entre la exportación de capital y exportación de mercancías se torna fundamental.
- La formación de monopolios capitalistas internacionales que se reparten el mundo entre ellos.
- La división territorial mundial entre los poderes capitalistas es total.

Dicho proceso de capitalismo monopolista se extendió, según Frank (1975) en el periodo entreguerras y sería el germen de la Segunda Guerra Mundial a través de un proceso de colonialismo monopolista, a pesar de los procesos de descolonización técnica u oficial. Frank (1975) apunta a que dentro de este proceso, en Europa Occidental unas potencias intentaron la colonización de otras y desde la Segunda Guerra Mundial, sin embargo, este colonialismo monopolístico dio paso a un “imperialismo a la americana”, que implica que EEUU constituye el centro del mundo imperialista-capitalista, aunque no se circunscribe sólo al territorio norteamericano, ya que dicho imperialismo es una expresión de sistema capitalista global actual.<sup>1</sup>

Las teorías sobre el imperialismo presentadas por Kautsky o Luxemburgo y basadas en las tesis de Lenin fueron revisadas en los años 50 por Paul Baran (1957), con la influencia de Paul Sweezy y su teoría del desarrollo capitalista (Howard y King, 1992b). Según Baran (1957), el crecimiento económico es el resultado del tamaño y la utilización del excedente de producción. La economía crece colocando dicho excedente en inversiones productivas, y cuanto más excedente se acumule, más rápido se crece. El estancamiento en el ritmo de crecimiento económico acontece debido a que dicho excedente es insuficiente para expandir las fuerzas productivas, o bien se malgasta en consumo improductivo. Según esta aseveración, la divergencia entre las economías de la metrópoli y las de la periferia<sup>2</sup>, gira en torno a la división del excedente mundial entre diferentes regiones, y en cómo dicho excedente es

<sup>1</sup> Es interesante mencionar la obra de Arghiri Emmanuel y su teoría del intercambio desigual que, al contrario que Paul Baran o Frank, no se basa en el monopolio capitalista, sino que concibe el sistema capitalista como esencialmente competitivo. Según su hipótesis, la diferencia de precios de los productos en las economías en desarrollo y su nivel de desarrollo descansaría en las diferencias salariales entre éstos y los países desarrollados. Acudiendo al trabajo de Marx o Piero Sraffa, Emmanuel define la diferencia de salarios como la esencia del cambio desigual de bienes y servicios entre las economías del centro, con precios altos y altos salarios, y las economías de la periferia en desarrollo, con precios bajos y bajos salarios (Howard y King, 1992b).

<sup>2</sup> Paul Baran (1957) toma los conceptos de centro y periferia de Raúl Prebisch, según Howard y King (1992b).

utilizado, ya que es en la metrópoli o el centro donde el desarrollo de los medios de producción se concentra. Dichos medios de producción son mermados, no obstante, en los territorios de la periferia. Según Baran (1957) y Frank (1975), el contraste entre el centro y la periferia se originó en el siglo XVI cuando las potencias europeas comenzaron la expansión colonial. Mientras el excedente europeo fue intensamente invertido en Europa, a esto se le unió el excedente obtenido en las colonias que fue, igualmente, invertido en Europa y no en las colonias, donde fue generado. De esta manera, la transferencia de excedente determinó el subdesarrollo de América Latina, África y gran parte del Sureste Asiático (Howard y King, 1992b; Frank, 1975). Para demostrar su teoría, Baran (1957) acudió al ejemplo de La India y su relación colonial con Gran Bretaña, la cual, a través de la Administración colonial, mermó la capacidad de la industria india, y trasladó gran parte del excedente hacia la metrópoli. Igualmente, comparó el caso indio con el japonés, cuyo desarrollo fue posible gracias a la ausencia de colonización y a la capacidad para mantener una industria nacional.

Para Harvey (2004), existe una conexión clara entre la competencia y el imperialismo, ya que los capitalistas intentan conseguir ventajas monopolísticas para asegurar la seguridad, la estabilidad y el poder. Por tanto, la situación de competencia capitalista desembocará, en algunos casos, en la creación de oligopolios y en otros, en la conformación de monopolios que consolidarán los beneficios y el poder y, por ende, la acumulación. Harvey (2004) se refiere a la acumulación como a aquellos procesos moleculares de acumulación de capital<sup>3</sup> que provocarían conflictos geopolíticos, autónomamente, sin que las decisiones o las intenciones del Estado jueguen un papel destacable, puesto que los procesos moleculares, y en especial el capital financiero, pueden trascender fácilmente a los poderes del Estado.

En este sentido, Economides y Wilson (2002) señalan la importancia de diferenciar entre imperialismo formal e informal. El primero hace referencia al control directo y la posesión de territorios, y no se distinguiría del concepto de colonialismo, ya que ambos supondrían el control político y administrativo de dichos territorios. El imperialismo informal, por su parte, implica la dominación de territorios pero sin destruir su soberanía formal, sino de manera indirecta, a través de medios económicos o políticos que influyan en la toma de decisiones de los territorios dominados. Estas dos acepciones tendrían relación con las denominaciones descritas por Joseph Nye (2002) respecto a los denominados poder duro -hard power- y poder blando -soft power-.

La correspondencia entre imperialismo y capitalismo es esencial para los autores marxistas desde Lenin, para el que el imperialismo no es más que la fase de culminación del sistema capitalista. Según Lenin (1895), la política constituye la expresión concentrada de la economía, y acudiendo al aforismo de Clausewitz (2009), según el cual la guerra no es más que la continuación de la política con otros medios, el capitalismo llevaría en su seno el germen de la guerra, tal y como muestra la siguiente figura (Amin, 1994).

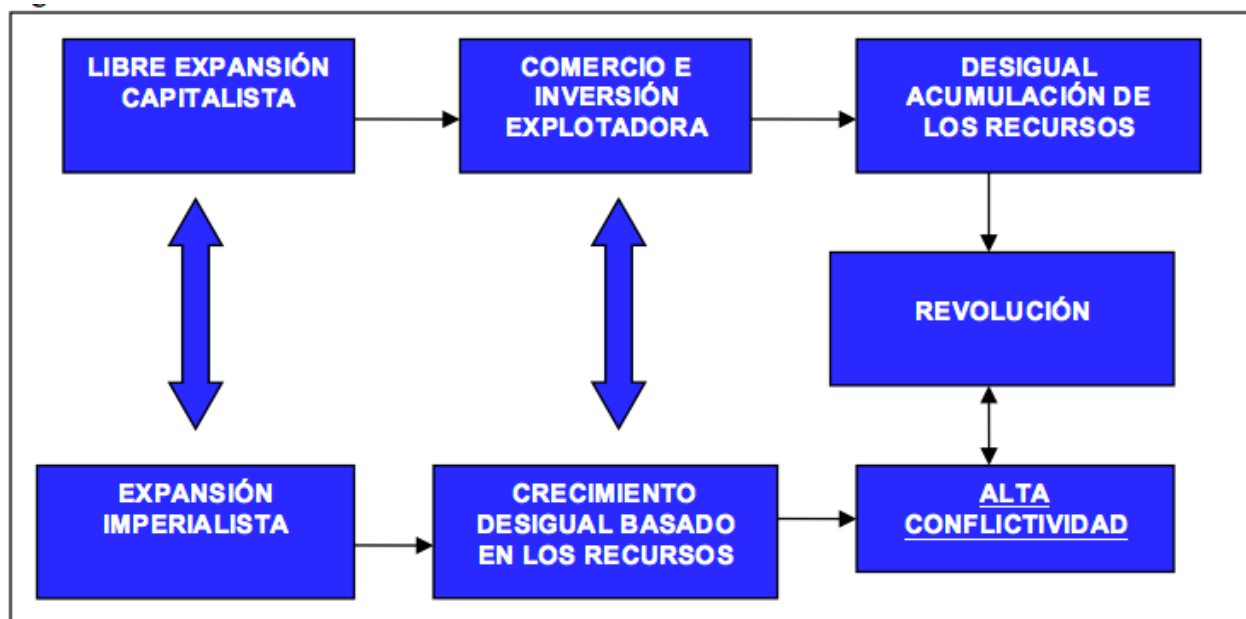
Karl Kautsky y Rosa Luxemburgo avanzaron en el concepto de imperialismo de Lenin. De esta manera, la propia Luxemburgo (2001) afirmaba que la guerra ha constituido un factor fundamental del desarrollo capitalista para territorios como EEUU, Alemania, Italia, los Estados Bálticos o Polonia, ya que éstos deben su desarrollo capitalista al militarismo y a la guerra. Dicho militarismo se torna esencial por cuanto a que se ha hecho inevitable para la élite capitalista dominante y ello por tres razones sobre todo:

1. El militarismo es esencial de cara a la defensa de los intereses nacionales entre las diversas metrópolis capitalistas.
2. Se manifiesta como un método de colocación para el capital financiero e industrial.

<sup>3</sup> Harvey (2004) se refiere a las maneras en que los flujos económicos atraviesan y recorren el territorio de los Estados o de bloques regionales de poder.

Figura 1

Génesis marxista-leninista de los conflictos armados.



Fuente. Montt, 1997.

3. Constituye un instrumento de represión, control y dominio de la clase dirigente sobre los trabajadores a nivel nacional.

No obstante, para Luxemburgo (2001) el motor del desarrollo capitalista que supone el militarismo se habría transformado en enfermedad del sistema capitalista. Por tanto, en el imperialismo, como anticipaba Lenin (1895), la guerra es intrínseca por naturaleza al sistema capitalista y sería uno de los elementos que provocarían su fin. En palabras de Che Guevara (1964:338):

*“Cese la filosofía del despojo y cesará la filosofía de la guerra; pero la filosofía del despojo no solo no ha cesado, sino que se mantiene más fuerte que nunca (...)”.*

Samir Amín (1994) matiza que el capitalismo lleva la paz o la guerra en su seno en función de las circunstancias. De esta manera, la guerra se produce fruto de sus propias contradicciones cuando la expansión del capitalismo provoca el choque de los Estados burgueses, como en el

caso de las guerras que denomina Amín interimperialistas -Primera y Segunda Guerra Mundial- o los conflictos por el control de las periferias, como las guerras balcánicas. De igual manera, para Amín el imperialismo, y las luchas entre imperialismos, no constituyen una fase suprema del capitalismo, sino una característica permanente del mismo.

Por otro lado, para David Harvey (2004), el imperialismo capitalista ha conllevado y conlleva aún hoy dos lógicas de poder en sus prácticas que son fundamentales para entender las relaciones entre el centro y las periferias. Una lógica se denomina territorial la otra lógica sería la capitalista, que suele ser la predominante, a diferencia de otros imperialismos. La lógica territorial del poder se refiere al desarrollo geográfico desigual basado en relaciones asimétricas de intercambio. De este modo, la riqueza y el bienestar de ciertos territorios se alcanzan gracias a la explotación de otros. La lógica capitalista del poder, por su parte, se basa en la acumulación incesante de capital y, como se ha señalado, es la dominante en el imperialismo, aunque en función del escenario histórico y geográfico, una de las dos lógicas podría prevalecer. Tal y como apuntaba Hannah Arendt (1951:143):

“Una acumulación sin fin de propiedad debe basarse en una acumulación sin fin del poder (...) el proceso infinito de acumulación de capital necesita de la estructura política de una potencia tan ilimitada que pueda proteger una propiedad cada vez mayor haciéndose cada vez más poderosa”.

### 3. Centro y periferia: desarrollo y subdesarrollo

La visión de los estructuralistas tiene en cuenta la lucha de clases desde un enfoque internacionalista, bajo el cual, y de manera abreviada, el sistema mundial estaría constituido por un centro nuclear, o varios centros, y una periferia, o varias periferias. Ello cristalizaría en un sistema capitalista periférico, cuya concepción inicial es atribuida al economista argentino Raúl Prebisch y que fue ampliamente trabajado por diversos autores en el marco de la actividad investigadora de la CEPAL (Dubois, 2000; Vuskovic, 1987; Prebisch, 1976).

El centro y la periferia serían categorías que dependerían entre sí y que estarían conformadas por Estados-economías cuya pertenencia a una de estas categorías sería irreversible y permitiría la explotación de índole capitalista. Básicamente, el centro hacía referencia a los países que se denominan desarrollados y la periferia a los subdesarrollados o en vías de desarrollo y se hallaría en el carácter «centrípeto» del sistema capitalista el origen del subdesarrollo de las economías periféricas (Dubois, 2000; Vuskovic, 1987; Prebisch, 1976).

Según Armando Di Filippo (1998), el enfoque centro-periferia constituye una exégesis macroeconómica de los procesos de desarrollo, fundamentalmente, en cuyo marco el Estado nación se establece como la unidad básica de análisis. No obstante, dicha unidad puede ser agrupada para estudiar regiones o territorios que no formen unidad política alguna. Según Prebisch (1976) las relaciones entre el centro y la periferia se desenvuelven bajo la hegemonía del primero y ésta evoluciona en el tiempo aunque siempre como resultado de la combinación de intereses económicos, políticos y geoestratégicos. Además

en el proceso de ejercicio de la hegemonía el centro pone a disposición de sus intereses herramientas poderosas como la cooperación económica, financiera y tecnológica, así como la cooperación militar y estratégica (Prebisch, 2008).

Con similar aproximación, autores como Giovanni Arrigí o Fernando Enrique Cardoso analizaron y desarrollaron la teoría del sistema-mundo de Immanuel Wallerstein (1984) que plantea un sistema mundial definido como una unidad donde se establece una única división del trabajo y múltiples sistemas culturales. Wallerstein establece que el sistema mundial se constituye por una denominada economía-mundo que está definida por el sistema capitalista y donde los Estados son meros subsistemas de la economía-mundo. Este extremo explicaría la heterogeneidad de los sistemas políticos existentes, así como la homogeneidad del sistema capitalista imperante. Wallerstein (1984) utiliza el enfoque del centro-periferia pero aporta una nueva categoría: la semiperiferia. Además, en el proceso histórico, hay posibilidad de que los Estados, luchando por posicionarse en el centro, pasen de una categoría a otra de países, en función de que se encuentren en el centro, la semiperiferia o la periferia (García Picazo, 2006).

Como se ha visto, según André Gunder Frank (1967 y 1975), los procesos de descolonización e independencia política durante la segunda mitad del siglo XX no llevaron consigo ni la independencia económica de las nuevas economías ni un incremento del crecimiento económico. Más aún, tras la Segunda Guerra Mundial las economías en desarrollo de la periferia se han incorporado de manera más profunda en el sistema global capitalista-imperialista, agravando, de esta manera, la dependencia y las condiciones de subdesarrollo (Frank, 1967 y 1975). La penetración del capital de la antigua metrópoli fue más intensa si cabe tras la independencia, como fue el caso de la India y Gran Bretaña. Por ello, las relaciones económicas, sociales, políticas y culturales, así como las instituciones establecidas en los territorios de la periferia serían el resultado de la evolución del sistema capitalista, al igual que ocurre con las metrópoli. No han sido, por tanto, la existencia de estructuras tradicionales o instituciones vetustas lo que ha

llevado a algunas áreas del planeta a una situación de subdesarrollo. Ni siquiera la falta de capital o tecnología, aunque las sociedades se encuentren en zonas aisladas. Para Frank (1967) es el propio desarrollo del capitalismo el que ha propiciado la aparición del subdesarrollo como consecuencia inexorable del desarrollo del primero.

Frank (1975) introduce el efecto de la tecnología como factor que influye en las relaciones entre el centro y la periferia, contribuyendo al desarrollo del centro a la vez que contribuye al subdesarrollo de la periferia. De esta manera, la metrópoli toma las materias primas y el trabajo tanto internamente como de su periferia para invertirlo en su propio desarrollo, produciéndose el efecto contrario en a periferia: un proceso de subdesarrollo más intenso que el desarrollo producido en el centro. La irrupción de dicha tecnología, además, tiene un papel fundamental en el desarrollo de las periferias, ya que el aumento de la productividad lleva anexo un cambio en la estructura social. Este cambio viene de la mano de la concentración de los medios de producción, por parte de las clases dominantes que controlan la mayor parte de los mismos. De esta manera, las elites económicas reafirman y mejoran su posición hegemónica y los cambios estructurales relacionados con la tecnología afecta a las relaciones de poder en las periferias (Prebisch, 1976).

Este proceso, además, continuaría a pesar de la democratización de las metrópoli, por lo que a pesar de que, por ejemplo, Estados Unidos o Gran Bretaña se consideren democracias, el imperialismo capitalista continuaría manifestándose, no sólo de cara a sus relaciones con la periferia, sino igualmente en términos de iniquidad y desempleo dentro de la metrópoli. Y ello a pesar de que se revelen rivalidades o conflictos entre metrópolis, a no ser que ésta desembocara en una destrucción del sistema capitalista (Frank, 1967 y 1975; Di Filippo, 1998).

Los centros, por tanto, llevan a cabo los procesos de innovación tecnológica concentrando los beneficios derivados de los incrementos de la productividad que

dicha innovación lleva pareja. Asimismo, la promoción del desarrollo en los territorios periféricos se daría exclusivamente en función de los intereses del centro o la metrópoli, ya que las primeras funcionarían como apéndices de las segundas con un papel marcadamente subalterno y subordinado (Vuskovic, 1987; Prebisch, 1976).

La manifestación del colonialismo imperialista del capitalismo no sólo cristaliza en las relaciones entre el centro y la periferia, en el ámbito internacional, sino que también internamente se reproduce el patrón desarrollo-subdesarrollo, tanto a nivel territorial como sectorial. Las diferencias entre el sector agroalimentario y la agricultura de subsistencia o las diferencias entre el norte y el sur de EEUU o Gran Bretaña. Por ello, se podría hablar de colonialismo interno y de reproducción de la dinámica centro-periferia a niveles nacionales. De esta manera, el desarrollo del centro nacional o sectorial, provocaría el subdesarrollo de la periferia sectorial o regional, por lo que una burguesía nacional se beneficiaría de dicho proceso (Frank, 1975 y 1967).

No obstante, la diferencia que destaca Frank (1975) entre el centro-periferia internacional y el nacional, es que las elites del centro nacional no serían autónomas o independientes, ya que a su vez, dependerían del capital global que reproduce a nivel internacional el modelo centro-periferia y el proceso de desarrollo y subdesarrollo. Dicha hipótesis parte de un análisis empírico que cristaliza en otras tres subhipótesis, que se esbozan a continuación.

El desarrollo de las periferias, cuales quieran que sean, está restringido por su carácter de periferia o de satélite. El desarrollo de la metrópoli, en cambio sí sería posible si no constituye periferia de ninguna metrópoli extranjera. Para Frank (1967) las metrópolis han podido estar poco desarrolladas en el pasado pero nunca se les pudo denominar subdesarrolladas en el sentido actual. Más aún, el capitalismo extendido en las periferias está imbuido cada vez con más fuerza de los centros y tiende a reflejarse en el mismo (Vuskovic, 1987).

Aunque parezca contradictorio para Frank (1967) las periferias tendrían un mayor desarrollo industrial capitalista cuanto más aisladas hayan estado de la metrópoli extranjera. Dicho aislamiento pudo ser de tipo temporal debido a una crisis en la metrópoli o por un aislamiento geográfico y económico de zonas de la periferia. Como ejemplo de industrialización como resultado de dicho aislamiento, pero si haber formado parte de una periferia, Frank (1967) apunta el caso de Japón y lo utiliza para compararlo con América Latina que teniendo más recursos no pudo lograr un desarrollo estructural debido a su carácter de periferia. Además, aunque las regiones o territorios aislados periféricos hubiesen alcanzado cierto desarrollo industrial, la ruptura del aislamiento con motivo del fin de la crisis en la metrópoli o debido a la mejora de las comunicaciones provocaba el estrangulamiento de la economía periférica. Para ello Frank (1967) propone el ejemplo de América Latina tras la recuperación de las metrópolis acabadas las guerras mundiales.

En este sentido, Frank (1967) plantea que aquellas regiones periféricas que tenían mayores lazos económicos con el centro, siendo las mayores suministradoras de materias primas, han sido las que han sufrido un mayor subdesarrollo. Ello debido al abandono sufrido por estos territorios cuando las materias primas que exportaban a la metrópoli dejaron de tener salida comercial. Por consiguiente las extensiones agrarias y latifundios se crearon como una forma de empresa comercial que respondía a la demanda internacional, paralelamente al declive de aquellos latifundios aislados y con formas de explotación tradicionales y de subsistencia.

Además, según Raúl Prebisch (2008) el capitalismo de la periferia o capitalismo periférico constituye un proceso excluyente y conflictivo debido, fundamentalmente, a la forma de apropiación y distribución de los beneficios de la productividad resultado de la introducción de la tecnología y la innovación. El excedente queda en manos de las elites económicas que suelen coincidir con las políticas y concentran gran parte de los medios de producción, sino todos. Dichas elites suelen, asimismo, imitar las formas

de vida y de consumo de los centros, provocándose, de esta manera un despilfarro del potencial de acumulación y del excedente que en muchas ocasiones es destinado a la importación de bienes de lujo desde el centro. Y ello a pesar de que los militares no se encuentren bajo el dominio de los poderes económicos dominantes, ya que dichos poderes son esenciales para lograr la acumulación del capital, que se antoja fundamental para impulsar la dinámica de desarrollo periférico (Prebisch, 2008).

Al respecto, Samir Amin (1988) presentó su teoría de la desconexión como vía de escape de la espiral de subdesarrollo a la que estaban abocadas las periferias. Ya que la relación entre el centro y la periferia provoca las relaciones de dependencia, además de propiciar el desarrollo de unos países a costa del subdesarrollo de otros, Amin (1988) ha defendido un proceso de “desconexión” como solución y ruptura de dicho modelo. Dicha ruptura de relaciones entre países desarrollados y en desarrollados podría ofrecer una oportunidad de desarrollo real y productivo a los países dependientes de la periferia, a través de las relaciones económicas entre ellos, y fuera de la influencia del centro.

#### 4. Evolución de las relaciones entre el centro y la periferia

Las relaciones económicas asimétricas han sufrido cambios y han experimentado una evolución que permite, según Armando Di Filippo (1998), determinar cuatro grandes periodos históricos, caracterizados por las diversas reglas del juego respecto a la dinámica de los mercados, así como por la diferente distribución del beneficio obtenido como consecuencia del progreso tecnológico y la innovación. La primera etapa comprendería el siglo XIX, como periodo en el que se consolida la hegemonía del Imperio Británico y de su Revolución Industrial que sienta las bases de una división internacional del trabajo fundada en el comercio intersectorial. Asimismo, los costes comparativos de David Ricardo determinan las reglas del mercado, lo cual deriva



en la generación de intensas diferencias estructurales entre los territorios que participan del comercio internacional de la época (Di Filippo, 1998; Prebisch, 1976). En esta etapa se integran las economías coloniales en el sistema capitalista colonial sin intervención alguna por parte de los africanos y se procede a la explotación de los recursos naturales de manera intensiva y mediante la fuerza, si era necesario (Badi, 1996). Además, la influencia de las inversiones extranjeras sobre las estructuras económicas precapitalistas fue diversa aunque, como señala Celso Furtado (1971), el resultado fue la creación de estructuras económicas híbridas o economías duales, donde una parte se asemejaba o imitaba al sistema capitalista<sup>4</sup> y la otra parte funcionaba según las directrices tradicionales precapitalistas. Ello explicaría porqué el desarrollo industrial europeo del siglo XIX no supuso una expansión generalizada del sistema capitalista en los territorios coloniales.

La siguiente etapa, comprende la primera mitad del siglo XX donde los avances de la Segunda Revolución Industrial inciden de manera decisiva en un periodo que incluye etapas convulsas, donde se suceden los conflictos armados y se materializa la primera gran crisis de acumulación en 1929. En esta etapa tanto primaron los análisis del equilibrio general de Walras y del equilibrio parcial de Marshall, con un marco de partida similar, pero con algunos aspectos relativos al estudio de los mercados que diferían<sup>5</sup> Para ambos, la condición de competencia perfecta se antojaba fundamental para lograr el equilibrio de los mercados (Di Filippo, 1998; Ekelung y Hébert, 1990). Es esta una época donde en algunas zonas de la periferia se fomentan políticas de industrialización

mediante la sustitución de importaciones para tratar de sortear las políticas proteccionista de los países del centro, sobre todo mientras dura la II Guerra Mundial, a partir de la cual prima la apertura de los mercados y la consolidación de una economía internacional abierta y cada vez con mayor interdependencia. Respecto al comercio internacional, sigue predominando el intercambio de materias primas por manufacturas entre los países del centro y la periferia (Di Filippo, 1998; Prebisch, 1976).

Respecto a África, éste sigue siendo un territorio de extracción y como consecuencia de ello las relaciones económicas entre el centro y la periferia africana se siguen basando en la explotación de las materias primas para lo cual se hace necesario el desarrollo de infraestructuras en el continente negro relacionados con dicha explotación. Al igual que en el resto de las periferias, las economías africanas aportan materias primas a las economías del centro y reciben, en forma de importaciones, los productos manufacturados de éste. La metrópoli colonial no pretende el desarrollo de la economía local y la articulación de los mercados nacionales, sino asegurar una Administración local que contribuya al mantenimiento del modelo de relaciones de producción colonial. De esta manera, se consolida el proceso de desarticulación, dependencia y extroversión, mediante el cual las economías coloniales africanas enfocan sus recursos hacia la metrópoli y no al desarrollo de una economía nacional o local (Amin, 1997; Badi, 1996).

La desarticulación de los sectores económicos se manifestó desde el punto de vista político y no sólo económico. Por un lado, representa la ausencia de correspondencia entre el incremento de la producción de los sectores económicos estratégicos y el aumento de la demanda interna de los productos de dichos sectores. Por otro lado, significa la exclusión de una amplia proporción de la sociedad con respecto al crecimiento económico y la toma de decisiones políticas y económicas (Garcitúa y Bello, 1992).

La tercera etapa hace referencia, a la expansión de las empresas transnacionales de los países del centro a partir de los años setenta con la consecuente difusión

<sup>4</sup> Sólo si una empresa de la metrópoli necesitaba de gran número de trabajadores, aumentaba la influencia capitalista sobre la economía nacional (Furtado, 1971).

<sup>5</sup> El análisis del equilibrio general de Walras, fundador de la denominada Escuela de Lausana, se basó en la interdependencia entre los mercados de bienes distintos, cuyos precios afectarían a sus demandas y ofertas respectivas. Por el contrario, para Marshall, fundador de la Escuela de Cambridge, en su análisis del equilibrio parcial el mercado de un bien determinado se estudiaba como si estuviese aislado del resto de mercados, utilizando la expresión tradicional en economía *caeteris paribus* (Ekelung y Hébert, 1990).

del comercio intraindustrial y la progresiva pérdida de peso del comercio intersectorial. El establecimiento de empresas ensambladoras y maquilas ha modificado la relación tradicional comercial entre centro y periferia y ha integrado la formación del capital del centro, ya que en la titularidad del mismo se combinan intereses europeos con norteamericanos y japoneses (Di Filippo, 1998; Frank, 1975). Las transnacionales se convierten en herramientas eficaces del ejercicio de la hegemonía del centro y no sólo de sus propios intereses empresariales. La influencia de las transnacionales no sólo implicaría a los medios de comunicación, a los movimientos sociopolíticos hegemónicos y a los Gobiernos del centro y la periferia, sino que su influjo sería categórico sobre aquellos intereses de grupos del centro orientados hacia las periferias (Prebisch, 2008). Además, la teoría de las ventajas comparativas cede su espacio paulatinamente a las interpretaciones económicas basadas en las economías de escala y la especialización (Di Filippo, 1998).

En este sentido, Spydos Economides y Peter Wilson (2002) señalan que el orden económico internacional de postguerra no se basó en aspectos liberales en lo económico, sino que fundamentó sobre las bases de un acuerdo tácito entre dicho liberalismo económico y el nacionalismo económico: la materialización de la síntesis neo-neo, que se vio en el apartado de relaciones internacionales. De esta manera, se combinaron políticas de corte liberal, como la reducción de las barreras comerciales o el establecimiento de un sistema de pagos multilaterales, con medidas de protección de las economías nacionales del centro tendentes a lograr el pleno empleo y la estabilidad de precios, en el marco del estado del bienestar. Dicha alianza entre la protección doméstica y el libre comercio se hallaría implícitamente recogida en los acuerdos que dieron como resultado el GATT. Por un lado el GATT promovía el libre comercio mediante la reducción progresiva y por otro lado, permitía la adopción de medidas proteccionistas bajo ciertas circunstancias<sup>6</sup>.

Al respecto, Mbuji Kabunda Badi (1996) alude a la creación de la CEE en 1957 como una continuación del periodo colonial a partir de los procesos de descolonización. De esta manera, la materialización del neocolonialismo hallaría su expresión en los acuerdos con el grupo de países denominado ACP (África, Caribe, Pacífico) en el marco del Acuerdo de Yaundé de 1963 y los posteriores Convenio de Lomé y el actual Convenio de Cotonou, con sus respectivas actualizaciones. Estos acuerdos de asociación basados en la libre circulación de capitales y en zonas de libre cambio supondrían la institucionalización de un nuevo periodo colonial donde las empresas transnacionales tomarían el protagonismo del intercambio asimétrico. Lejos del planteamiento esperado, el comercio entre economías desiguales como las africanas y las europeas, no ha supuesto el desarrollo de las primeras, sino que las ha confinado a una posición de periferia extrema, con economías basadas en la extracción de materias primas cuyos precios fluctuantes desestabilizan las expectativas de crecimiento y desarrollo (Badi, 1996).

Por último, en los años 90 se consolida el proceso de globalización económica, en los que converge la internacionalización de las economías nacionales y la transnacionalización de las empresas con el apoyo del auge de las tecnologías de la información y la comunicación. Las reglas del juego de los mercados globales son fomentadas desde instituciones globales como el G7, así como desde los organismos multilaterales financieros -Banco Mundial, bancos regionales y FMI- y comerciales- GATT primero y OMC hoy en día -. En este contexto son las ventajas producto de la competitividad de las empresas transnacionales las que marcan la asignación de los recursos a nivel global y no tanto las ventajas comparativas nacionales de antaño. En este sentido, ya no es tanto el comercio asimétrico lo que caracteriza las relaciones centro-periferia, sino el control de las actividades de servicios por parte del centro (Di Filippo, 1998; Samir Amin, 1997).

Además, la ayuda al desarrollo entra en juego con un papel fundamental para entrar en los mercados africanos

<sup>6</sup> Economides y Wilson (2002) citan varios ejemplos como los artículos XII, XVIII o XIX de los estatutos del GATT.

y afianzar, sobre todo mediante la ayuda bilateral, la influencia de las antiguas metrópolis sobre sus antiguas colonias. De esta manera, los países africanos se convierten en receptores de ayuda y los desarrollados en donantes, a pesar de que la relación comercial entre ambos siga siendo ampliamente favorable a los segundos (Badi, 1996).

## 5. Desarticulación y dependencia

En esta última etapa que hoy vivimos, los centros suponen el origen de la revolución tecnológica y el progreso tecnológico y la innovación viene de la mano de las exportaciones de equipos tecnológicos, así como de la inversión directa de las empresas transnacionales en la producción de bienes y servicios en la periferia. Dicho centro, además, sigue estando formado por las unidades políticas que diseñaron y diseñan las relaciones políticas y económicas durante el pasado y el presente siglo (Di Filippo, 1998). Por consiguiente, EEUU, Japón y la Unión Europea –con el liderazgo alemán– siguen componiendo el centro, aunque las periferias han evolucionado hacia la consecución de diversas categorías. Éstas diferencian entre periferias “superiores”, “intermedias” e “inferiores” donde, por ejemplo, las economías asiáticas más pujantes se encontrarían en la periferia “superior”, las economías emergentes en América Latina formarían parte de la periferia “intermedia” y muchas de las economías subsaharianas constituirían una periferia “inferior” o extrema (Lebillon, 2003; Di Filippo, 1998). No obstante, la recuperación económica experimentada por Rusia y el impulso de la economía china han modificado la estructura de las periferias en el siglo XXI, subrayando la identificación de los países BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) como economías destacadas en el nuevo marco de la globalización.

En el caso africano, cuya mayor parte de países pertenecerían a la categoría de periferias inferiores o extremas, el sector agrario ha sufrido un proceso de integración vertical con los mercados nacionales e internacionales, unido a una diferenciación productiva

dentro de dicha integración subordinada a los mercados internacionales con relaciones reales de intercambio desfavorables. Ello habría provocado la extraversion de las economías periféricas y su necesidad de apertura al exterior, lo que habría incidido en su dependencia con respecto al centro y la desarticulación de las economías periféricas (Garcitúa y Bello, 1992).

Más aún, según Estanislao A. Garcitúa y Rosario Bello (1992), la incidencia de las inversiones extranjeras en las economías periféricas africanas y en la toma de decisiones políticas ha profundizado el proceso de desarticulación, explicando la coexistencia de una producción agroindustrial constante y graves crisis de la seguridad alimentaria de amplias capas de la población. Dicha desarticulación y la existencia de un crecimiento económico desarticulado ha tenido efectos negativos sobre el bienestar de la mayoría de la población al impedir la distribución de dicho crecimiento. Un fuerte sector exportador, que en una economía articulada puede significar el desarrollo de amplias capas de la población a través de la distribución de los ingresos y el aumento del consumo interno, se torna desestabilizador para las economías desarticuladas y expone a las economías nacionales a una mayor vulnerabilidad con respecto a las crisis internacionales. Ello conjuntamente agudizado con la presión de los intereses de la deuda externa y las condiciones impuestas respecto a la toma de decisiones en materia fiscal y monetaria, así como con la relación real de intercambio negativa, la sobreproducción de bienes agrícolas a nivel internacional o la baja elasticidad en los ingresos, entre otros aspectos (Garcitúa y Bello, 1992). Además, las políticas de desarrollo para con los países ACP, por parte del centro europeo cristalizarían en un contundente fracaso de cara a propiciar el desarrollo del continente, aunque habrían tenido gran éxito por cuanto a que han propiciado el control de los recursos naturales africanos por parte de transnacionales no africanas (Badi, 1996).

Por todo ello, la desarticulación de la economía periférica tendría un efecto decisivo sobre la seguridad alimentaria de dicha periferia debido a dos principales factores: la distribución desigual de los ingresos entre amplias capas de

la población y por tanto su desigual acceso a los alimentos; así como el enfoque exportador en la toma de decisiones políticas que afecta a la economía. En este último punto, la prioridad en la producción de alimentos se encontraría en la exportación y no en la satisfacción del consumo interno de alimentos (Garcitúa y Bello, 1992).

## 6. Dependencia y globalización

Según Samir Amin (1997), en el actual proceso de globalización se ha producido cierto desgaste en la relación de dependencia clásica entre centros y periferias que contaría con dos importantes elementos. Por un lado la degradación del concepto de Estado nación central y por otro lado, la erosión de la dicotomía entre centro y periferia, así como la aparición de nuevos aspectos de la polarización económica. Actualmente, la posición de una economía en el escenario internacional depende de su competitividad, la cual depende no sólo de factores puramente económicos sino de elementos sociales y políticos, que Amin (1997) denomina monopolios. Estos monopolios definirían las “leyes de la globalización” y el marco en el cual ésta se desenvuelve y evoluciona. Serían los siguientes:

- El monopolio tecnológico que depende en gran medida del Estado y en muchos casos de los gastos militares.
- El control de los mercados financieros internacionales que se enfoca en el capital financiero, el cual constituye el más globalizado de los elementos del capital.
- El control del acceso a los recursos naturales a nivel global.
- Los monopolios de los medios de información y comunicación a nivel planetario, lo cual provoca un fenómeno de homogeneización cultural y la degradación democrática.
- El monopolio sobre la producción y el comercio de armas y medios de destrucción masiva sin la existencia de controles transparentes.

Por consiguiente, el capitalismo actual, el mercado internacional y sus leyes no pueden funcionar al margen de la toma de decisiones políticas, por lo que el Estado y el mercado se encuentran directamente vinculados, ya que el primero legitima el marco de actuación del segundo. Por todo ello, la evolución de la acumulación de capital quedaría vinculada a la evolución del Estado nación y la crisis del primer elemento llevaría a la crisis del segundo. Amin (1997) considera que la acumulación de capital experimentada tras la Segunda Guerra Mundial se habría sustentado sobre tres pilares político-económicos que paralelamente serían complementarios y contradictorios.

La social democracia y el fordismo parcialmente regulado por las políticas económicas keynesianas en los países occidentales, representarían el primer pilar.

El segundo pilar estaría constituido por las estrategias de las clases dirigentes de los países de la periferia que tomaron las riendas tras los procesos de independencia y construcción nacional.

El desarrollo del modelo soviético con la centralización y la estatalización de los medios de producción y la formación de una nueva burguesía en torno al partido único

Por ello, el deterioro y la decadencia de los modelos circunscritos a dichos pilares habrían cristalizado en el despertar de un sentimiento de identificación social colectiva diferente del sentimiento de pertenencia a un Estado o a una clase socioeconómica. Dicha identificación estaría vinculada a aspectos regionales o locales, a la lengua o a la cultura, así como a elementos tribales o étnicos, relacionados o no con aspectos religiosos (Amin, 1997).

El despertar de este sentimiento identitario, según Amin (1997) encontraría su marco de manifestación en la crisis del Estado nación que es fruto de dos componentes. Por un lado, de la transnacionalidad del capital como consecuencia

de la globalización de la economía capitalista y por otro lado, de la fijeza en la idea de que el Estado constituye el único sistema político existente en el planeta. Consecuentemente la pregunta que subyace sería porqué gran parte de la población de los países de la periferia y amplias porciones de ciudadanos del centro, han respondido a la internacionalización y a la globalización con la búsqueda de una identidad local, étnica o religiosa. La respuesta no se hallaría en la naturaleza del ser humano y en la existencia de un sentimiento innato latente de pertenencia y a una necesidad de asirse a una identidad étnica, regional o religiosa. Por el contra, Amin (1997) plantea una vinculación entre dichos sentimientos identitarios y los movimientos de capital y las estrategias de los actores sociales, ya pertenezcan éstos a las clases dominantes o a las nominadas.

En los casos más extremos de la periferia, la degeneración de las bases del poder de las clases dominantes ha llevado al colapso, si no a la desintegración del Estado, como en el caso de Somalia. Este ejemplo sería muy relevante, además, para aligerar la carga que el componente tribal o étnico ha soportado con respecto a los conflictos armados aparecidos en los años 90, ya que Somalia constituye una anomalía africana en cuanto a uniformidad étnica (Amin, 1997).



## Bibliografía

- AMIN, S. (1997). *Capitalism in the Age of Globalization. The Management of Contemporary Society*. Londres y Nueva Jersey: Zed Books Ltd.
- AMIN, S. (1994). *El Fracaso del Desarrollo en África y en el Tercer Mundo. Un Análisis Político*. Madrid: Editorial IEPALA.
- AMIN, S. (1988). *La desconexión: hacia un sistema mundial policéntrico*. Madrid: Editorial IEPALA.
- ARENDT, H. (1951). *The Origins of Totalitarianism*. Nueva York: Harcourt, Brace and Company.
- BADI, M. K. (1996). "Europa-África o relaciones de dependencia multidimensional institucionalizada". En: *Cuadernos África América Latina Cuadernos nº 22*. Revista de África y Medio Oriente vol. 12. Madrid: Sodepaz.
- BARAN, P. (1957). *The Political Economy of Growth*. Nueva York: Monthly Review Press, Inc.
- CLAUSEWITZ, C. von (2009). *On War: The Complete edition*. Rockville: Wildside Press LLC.
- DI FILIPPO, A. (1998). "La visión centro periferia hoy". En: *Revista de CEPAL* número extraordinario aniversario, 1998. Santiago de Chile.
- DUBOIS, A. (2000). "Teoría de la dependencia". En: K. Pérez De Armiño, *Diccionario de Acción Humanitaria y Cooperación al Desarrollo*. Barcelona: Hegoa y Editorial Icaria.
- ECONOMIDES, S y WILSON, P. (2002). *The Economic Factor in International Relations: A Brief Introduction*. Londres: I. B. Tauris & Co.
- EKELUND, R.B y HÉBERT, R.F. (1990). *A history of economic theory and method*. Nueva York: McGraw-Hill International Editions.
- FRANK, A. G. (1967). "El desarrollo del subdesarrollo". En: *Pensamiento Crítico*, Habana, nº 7 (en línea) Disponible en: <http://www.filosofia.org> Fecha de consulta: 18-12-2014.
- FRANK, A. G. (1975). *On Capitalist underdevelopment*. Bombay: Oxford University Press.
- GARCÍA PICAZO, P. (2006). *Teoría breve de relaciones internacionales*. 2ª edición. Madrid: Editorial Tecnos.
- GARCITÚA, E. A. y BELLO, R. (1992). "Crecimiento Económico Desarticulado y sus Consecuencias en el Consumo de Alimentos en Países del Tercer Mundo". En: *Revista Internacional de Sociología sobre Agricultura y Alimentos* vol. 2. CENDES-UCV. Caracas.
- GUEVARA, C. (1964): "Discurso pronunciado en la XIX Asamblea General de las Naciones Unidas en Nueva York el 11 de diciembre de 1964". En: DEUTSCHMANN, D. (ed.) (2005). *Che Guevara Presente: Una antología mínima*. Ocean Press. Melbourne.
- FURTADO, C. (1971). *Desarrollo y subdesarrollo*. Séptima edición. Buenos Aires: Editorial EUDEBA.

- HARVEY, D. (2004). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Editorial Akal.
- HOWARD, M. C. y KING, J. E. (1992a). *A History of Marxian Economics: Volume I, 1883-1929*. Princeton: Princeton University Press.
- HOWARD, M. C. y KING, J. E. (1992b). *A History of Marxian Economics: Volume II, 1929-1990*. Princeton: Princeton University Press.
- LEBILLON, P. (2003). "The Political Ecology of War and Resource Exploitation". En: *Studies in Political Economy* 70, Primavera 2003. Ottawa: Carleton University.
- LENIN, V. I. (1895). *Friedrich Engels*. Marxists Internet Archive (en línea) Disponible en: <http://www.marxists.org/espanol/lenin/obras/1890s/engels.htm> Fecha de consulta: 03-12-2010.
- LUXEMBURGO, R. (2001). *Reforma o Revolución*. Madrid: Ediciones Voz de los Sin Voz.
- MONTT, W. (1997). *The economic basis of peace: linkages between economic growth and International conflict*. Westport: Greenwood Publishing Group Inc.
- PREBISCH, R. (2008). "Hacia una teoría de la transformación". En: *Revista de la CEPAL* 96. Comisión Económica para América Latina (CEPAL). Santiago de Chile: Naciones Unidas.
- PREBISCH, R. (1976). "Crítica al capitalismo periférico". En: *Revista de la CEPAL*. Comisión Económica para América Latina (CEPAL). Santiago de Chile: Naciones Unidas.
- WALLERSTEIN, I. (1984). *El Moderno Sistema Mundial - Vol. II - El Mercantilismo y la Consolidación de la Economía-Mundo Europea, 1600-1750*. Madrid: Editorial Siglo XXI.
- VUSKOVIC, P. (1987). "Raúl Prebisch y su teoría del capitalismo periférico". En: *Revista de Comercio Exterior*, vol. 37, núm. 5. México, D.F.: BANCOMEXT.